

La tesis del libro es sencilla, pero arriesgado el alcance. Porque nunca hubo una declaración nítida por parte de Carson McCullers (Columbus, Georgia, 1917-Nueva York, 1967) sobre su sexualidad, sino que dejó pistas, sugerencias cuyo límite llega hasta donde el lector quiera creérselo. Sostiene Jenn Shapland en *Mi autobiografía de Carson McCullers* (Dos Bigotes) que la autora de *El corazón es un cazador solitario* (que asombró a la crítica y a los lectores de todo Estados Unidos y que se publicó cuando la escritora apenas tenía 23 años) fue una lesbiana oculta. Que daba un paso adelante y luego, parece, se arrepentía.

Una frase destaca en esta historia. Puede parecer aparentemente banal, pero es esgrimida y defendida por quienes defienden la sexualidad abierta de la escritora: «Cada individuo pertenece por naturaleza a los dos sexos». La pronuncia, en *El corazón es un cazador solitario*, Biff Brannon, propietario del café por donde recalán, entre otros, dos mudos que viven juntos (al comienzo de la novela). La acción transcurre en una pequeña y apacible localidad del Sur más clásico, aquel que perfilaron William Faulkner o Truman Capote. La propia Carson McCullers resumió así la sinopsis de la novela: «El amor de Singer por Antonapoulos recorre todo el libro». Y apostilla Shapland: «Al igual que sus obras posteriores, *Reflejos en un ojo dorado*, *Reloj sin manecillas* y [el relato] *El jockey*, su primera novela explora con valentía una relación secreta entre dos hombres sin ponerle un nombre ni definirla».

¿Tanto importa la sexualidad de Carson McCullers? No y sí. Sabiendo el alcance de sus preferencias, la lectura de sus libros varía, puede ser *otra*. Lo que no es poco si se trata de una de las escritoras del siglo XX más admiradas y seguidas en todo el mundo. Un ejemplo: a lo largo de 2017, año en que se conmemoró el 50 aniversario de su muerte y el centenario de

por **MANUEL LLORENTE**

su nacimiento, Seix Barral reeditó toda su obra, con prólogos de Paulina Flores, Cristina Morales, Jesús Carrasco... Y un texto inédito de Tennessee Williams, amigo y confidente de McCullers.

Que McCullers fuese del Sur añade sal al menú. La sociedad biempensante (y aún herida por la derrota en la Guerra de Secesión, donde había despuntado como héroe el bisabuelo materno de la autora) no podía consentir conductas sospechosas. «Los del Ku Klux Klan me llamaron por teléfono para decirme: ‘Somos el Klan y no nos

terapias de Alcohólicos Anónimos (tampoco es que nuestra protagonista se quedara atrás, ni mucho menos), que cuando no se enrolaba en el Ejército estaba en el paro o se dedicaba a cobrar deudas de otros. Además, nunca entendió (o no quiso entender) las sucesivas amistades de su esposa. Menos aun cuando McCullers llegó a compartir vivienda con algunos de los personajes *queer* que son parte de la historia de la cultura de la pasada centuria: W. H. Auden, Peter Pears y Benjamin Britten, Christopher Isherwood y Louis MacNeice, Paul y Jane

Bowles... La casa, casi lujosa, estaba en el número 7 de la calle Middagh, Brooklyn, Nueva York, y se la conocía como February House, pues la mayoría de sus inquilinos había nacido en febrero. Las fiestas eran habituales. «Durante varios años fue un lugar que muchos escritores y artistas neoyorquinos soñaban con conocer», señala Jenn Shapland.

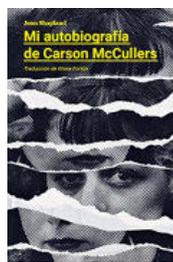
Quien también desfilaba por allí eran las juerguistas Erika Mann, hija del *Mago* Thomas Mann, y, sobre todo, Annemarie Schwarzenbach, una

niña suiza bien, esquiadora y doctora en Filosofía por la Universidad de Zúrich, viajera contumaz, morfinómana, amante intermitente de la baronesa Margot von Opel (casada), con el pelo cortísimo y una ambigüedad de libro.

Desaliñada y enferma. Carson McCullers era alta, desaliñada, flacucha, con el flequillo caído sobre la frente, retraída y depresiva, aunque su risa lo iluminaba todo. Y siempre enferma. Los médicos no dieron con la tecla de sus dolencias. Con 18 años sufrió una fuerte fiebre reumática que le provocó a lo largo de su vida varios infartos, pues los galenos la trataban como si tu-

Tras las huellas de la intimidad de Carson McCullers

La investigadora **Jenn Shapland**, que ha tenido acceso a la transcripción de las sesiones de terapia de la gran escritora sureña, sostiene en un ensayo que su sexualidad explica sus mejores novelas



JENN SHAPLAND
MI AUTOBIOGRAFÍA DE CARSON MCCULLERS
Traducción de Gloria Fortún.
Dos Bigotes.
288 pp. 20,90 €

gustan los amantes negros ni los maricas. Esta será tu noche», cuenta en una especie de memorias que dictó, paralizada en la cama meses antes de morir, a una secretaria, y que fueron publicadas en 1999 con el título *Iluminación y fulgor nocturno*. La amenaza se produjo en 1941, recién publicada su segunda novela, *Reflejos en un ojo dorado*, donde cuestiona la moral en el ejército.

Añadamos más picante. Carson McCullers se casó dos veces (y otros tantas se separó) con un manirroto, un jeta que falsificó cheques de su propia mujer, que sentía celos de ella porque no pudo cumplir su sueño de escritor, que acudía a las

LA ESCRITORA
CARSON MCCU-
LLERS EN SU CASA
DE COLUMBUS
(GEORGIA, EEUU)
EN 1941. AP



quiera tuberculosis, según cuenta Jenn Shapland. Más tarde llegaría el internamiento en una clínica psiquiátrica y el suicidio frustrado cortándose las venas de la mano izquierda (su padre, joyero, no falló, se pegó un tiro en la sien; tampoco su ex marido). Pero eso sería en 1948. Ahora estamos en 1940, cuando la risueña suiza y la ya famosa joven escritora se conocen y se entregan. «Tenía un rostro que, lo supe en seguida, me perseguiría hasta el final de mi vida», confesó McCullers en *Iluminación y fulgor nocturno*. A Annemarie Schwarzenbach, el amor de su vida, le dedicó *Reflejos en un ojo dorado*.

Jenn Shapland basa su aseveración en el contenido de car-

tas, telegramas y transcripciones de las sesiones de terapia grabadas de Carson McCullers a las que tuvo acceso mientras preparaba su trabajo de posgrado. El material lo halló en el centro Harry Rasom de Austin, perteneciente a la Universidad de Texas; en el archivo bibliotecario de Columbus (Georgia), en Saratoga Springs y en Nueva York durante una investigación que la llevó seis años. Lo más relevante son las transcripciones de terapia iniciadas en 1958, a las que sólo pudo accederse en 2013, tras la muerte de la doctora Mary Mercer. Mercer denegó cualquier permiso a los biógrafos. «Las cintas documentan a una mujer de 41 años

McCullers fue una mujer inadaptada y solitaria que lidió contra su yo oculto, sostiene Jenn Shapland

Sus biógrafos coinciden en que a la escritora le horrorizaba el sexo, pese a ser una constante en sus obras

que intenta averiguar quién es [...] En ellas veo la única historia que escribió: la de una inadaptada y solitaria mujer que tiene que lidiar con su yo oculto y es incapaz de articular sus propios anhelos», escribe Shapland en *Mi autobiografía de Carson McCullers*, finalista del National Book Award, y quien llegó a residir durante un mes en la casa familiar de la propia McCullers en Columbus.

Historias a tres bandas.

Shapland afirma, a la luz de las terapias, que McCullers confiesa a la doctora que la reciprocidad en el amor existe pero que es extremadamente improbable porque exige tener mucha fe en otra persona. De ahí que, añade Shapland, los biógrafos destaquen historias a tres bandas en sus libros, como la obsesión de un soldado que espía a la mujer de su capitán quien, a su vez, desea al soldado en *Reflejos en un ojo dorado*. La versión cinematográfica la protagonizaron Marlon Brando y Elizabeth Taylor.

¿Y qué hay de la visita de una envalentonada McCullers, libro en mano, a su idolatrada Greta Garbo (símbolo sexual donde los haya) en 1940? Aunque este dato lo pone en duda Josyane Savigneau en su hasta ahora canónica biografía *Carson McCullers* (Circe), sí afirma lo siguiente: «En sus novelas el sexo casi siempre está ligado a la vergüenza, a la repulsión, a la perfidia, a la violencia». Otra consideración, en este caso de Jean-Pierre Joecker en la revista *Masques* en 1984: «El amor de Carson no es el amor de Eros, es el amor-amistad, ese amor que tan difícilmente se puede vivir. A Carson le horroriza el sexo, y sin embargo aparece constantemente en sus libros».

Lo que sí consiguió Carson McCullers fue alcanzar un segundo sueño tras tener que renunciar a ser concertista de piano (su padre no le pudo pagar los estudios en la prestigiosa Escuela Juilliard de Nueva York): «Yo anhelaba una sola cosa: irme de Columbus y dejar huella en el mundo». **L**